mian mamá Coupeau y Nana. Ambas debian dormir, porque se oia su respiracion regular.

—¡Augusto, déjame! vas á despertarlos le suplicó con las manos juntas. Sé razonable.... otro dia en otra parte .... pero no aquí.. delante de mi hija....

El no hablaba pero seguia sonriedo, y lentamente la besó en el oido para aturdirla, como hacia en otro tiempo. Entonces ella perdiò las fuezas, sintió un gran ruido en el cerebro, y un calosfrio en todo el cuerpo. Sin embargo, intentó de nuevo pasar, pero no era posible y tuvo que retroceder; el olor era insoportable; Coupeau entre tanto, roncaba como sobre un colchon de plumas entre tanta inmundicia.

Tanto peor para él murmuró Gervasia; él tiene la culpa ..... Dios mio no puedo más ..

Y miéntras Lantier la empujaba hácia su habitacion, apareció el rostro de Nana tras los cristales de la puerta de su dormitorio. Acababa de despertar y levantarse en camisa sin hacer ruido. En sus grandes ojos de niña viciosa brillaba una curiosidad sensual.

IX

Aquel invierno faltó poco para que mamá Coupeau se marchase al otro barrio. Todos los años, por el mes de Diciembre, el asma la tenia postrada en cama dos ó tres semanas. Por San Antonio iba á cumplir setenta y y tres años, lo cual, unido á sus padecimientos, no le prometian mucho mas de vida. El médico decia, que se iba á morir de un golpe de tos, sin tener tiempo para decir Jesus.

Cuando estaba en cama mamá Coupeau, se ponia irresistible. Hay que tener en cuenta que la habitacion en que dormia no tenia nada de alegre. Entre su cama y la de Nana cabia solo una silla. El papel de las paredes, ademas de oscuro, viejo y descolorido, estaba à trechos hecho girones. Aquello era insoportable. Al fin de noche, aunque no durmiera, oia dormir à la niña y esto la distraia; pero durante el dia, como la dejaban

sola en su habitacion, gruñia, lloraba y repetia continuamente, dando vueltas sobre la almohada:

—¡Dios mió! ¡qué desgraciada soy!.... ¡Me van à dejar que me muera en esta prision!..

Cuando entraban Virginia, la Sra. Boche ó alguna otra vecina à preguntarle como estaba, prorrumpia siempre en las mismas lamentaciones.

—¡Ah¡ ¡qué caro es el pan que cómo aquí! ¡No, no sufria tanto entre extraños!.... ¡Mire vd., esta mañana he pedido una tisana y me han traido un càntaro lleno de agua, como echándome en cara que bebo mucho....! ¡Lo mismo que Nana, esa niña que yo he criado! ¡por las mañanas se escapa descalza, y no la vuelvo à ver mas en todo el dia! ¡Sin embargo, de noche duerme que se las pela, y ni una vez se despierta para preguntarme cómo estoy..... En fin, les molesto, y están deseando que yo reviente. ¡Oh! ¡no tardaré mucho! Ya no tengo hijo, esa bribona de planchadora me lo ha quitado. Si no fuera por miedo à la justicia acabaria conmigo á golpes.

Gervasia, en efecto cada dia tenia peor carácter. Como donde no hay harina todo es mohina, á todos les sucedia dos cuartos de lo mismo, y por un "quítame allá esas pajas" armaban un tiberiò. Coupeau, una mañana que se levantó de mal humor, llegó á decir: "La vieja está diciendo siempre que se va á morir, y nunca se muere," palabras que hirieron en lo vivo á mamá Coupeau. Echábanle en cara lo que costaba y le decian con la mayor tranquilidad que si ella no estuviese en casa habria una economía importante. La

verdad es que ella no se conducia como era debido. Cuando veia à su hija mayor, la Sra. Lerat. le causaba lástima, acusando á su hijo y à su nuera de tenerla muerta de hambre, todo con el fin de sacarle un franco para gastarlo en golosinas. La misma danza traia con los Lorilleux, diciéndoles que sus diez francos se gastaban en caprichos de la planchadora, en pasteles que se comian à escondidas y en otras cosas que no se atrevia á decir. En dos ó tres ocasiones faltó poco para que toda la familia viniese á las manos. Tan pronto estaba con unos, como con otros.

Aquel invierno en medio de la crísis, una tarde en que la Sra. Lorilleux y su hermana, la viuda Lerat, habian entrado á ver cómo seguia su madre, mamà Coupeau les hizo una seña para que se inclinasen, y les dijo en voz muy baja:

—¡Qué indecencia!... Esta noche lo he oido. Sí, sí, la Coja y el sombrerero... Bueno han puesto á Coupeau ¡Qué indecencia!

Con frases entrecortadas les refirió que su hijo debia haber venido la noche antes borracho perdido. Entónces, como ella no dormia se habia enterado de todo. La funcion debió durar hasta muy tarde, pero no sabia exactamente la hora, porque á pesar de sus esfuerzos habia acabado por dormirse.

—Lo mas repugnante es, continuó diciendo, que Nana debe haberlo oido todo. Ella, que generalmente duerme como una marmota, ha estado toda la noche agitada y dando vuelcos en la cama.

Las dos mugeres no parecieron sorprendidas.

—¡Vaya! murmuró la Sra. Lorilleux, eso debió empezar desde el primer dia..... pero puesto que mi hermano està conforme, no tenemos para qué tomar cartas en el asunto, por mas que no sea nada honroso para la familia.

—Yo en su lugar de vd., dijo la Sra. Lerat mordiéndose los labios, los hubiera asustado, gritándoles por ejemplo, ¡ya os veo! ó cosa por el estilo. El criado de un médico me ha dicho que le ha oido à su señor que en ciertos momentos eso podia dejar muerta á una muger. Y si Gervasia hubiera quedado muerta, hubiera recibido el castigo por donde habia pecado.

Todo la calle se enteró inmediatamente de que Gervasia y Lantier pasaban toda la noche juntos. La Sra. Lorilleux fingió delante de las vecinas una gran indignacion; compadecia al Juan Lanas de su hermano, á quien su muger estaba adornando la cabeza del modo mas escandaloso; añadia, que si todavía entraba en semejante burdel, era ùnicamente por su pobre madre que se veia obligada á vivir en medio de aquellas abominaciones. Entónces los vecinos empezaron á desollar viva á Gervasia; decian que ella debia de haber sido la que habia seducido á Lantier y à èsta se le conocia en los ojos.

Como se vè, à pesar de todo, el sombrerero continuaba en la vecindad en gran predicamento, porque seguia observando con todo el mundo las mejores maneras; y siendo previsor y galante con las señoras, para las que siempre tenia pastillas y flores. Despues de todo, él no tenia la culpa; un hombre es un hombre, y no se le puede exigir que resista á una muger que le echa los

brazos al cuello. Pero ella no tenia excusa; era la deshonra de toda la calle. Los Lorilleux, como padrinos de Nana, la llamaban para que les diese detalles, para lo cual le hacian preguntas solapadas.

Enmedio de aquella pública indignacion, Gervasia vivia tranquila y como adormecida. En un principio estaba avergonzada de su falta y de sí misma. Cuando salia del cuarto de Lantier se lavaba las manos, y con un rodillo se frotaba los hombros hasta hacerse sangre, para limpiarse la inmundicia. Si Coupeau queria entonces jugar, ella se incomodaba y corria tiritando á vestirse en el fondo de la tienda; cuando su marido le habia hecho una caricia, no consentia que el sombrerero la tocase. Hubiera querido cambiar de piel al cambiar de hombre, pero lentamente se fuè acostumbrando. Era demasiado trabajo tener que trasformarse cada vez. La necesidad de vivir tranquila, le hacia sacar todo el partido posible de su situacion; con tal que su marido y su amante estuviesen contentos y la casa caminase regularmente, estaba contenta. Despues de todo, no debia obrar tan mal cuando las cosas se arreglaban tan à satisfaccion de todos, pues generalmente cuando se obra mal, se recibe el castigo. De este modo se fué acostumbrando á aquella vida licenciosa é indecente. Todo estaba arreglado con la misma precision que el comer y el beber; siempre que Coupeau venia borracho, lo cual sucedia por lo menos los lúnes, mártes y miércoles, ella dormia con Lantier, así es, que tenia repartido el tiempo. Al cabo de algun tiempo, tan pronto como oia á su marido roncar un poco fuerte, le dejaba y se iba á la habitacion de Lantier. Y no es que

tuviese à éste más cariño que à su marido, sino que lo encontraba mas limpio y dormia mejor en su habitacion, semejante á las gatas, que les gusta echarse y dormir entre blancas sábanas.

Mamá Coupeau no se atrevió nunca á hablarle abiertamente de aquello. Pero siempre que reñian, le dirigia mil alusiones. Las primeras veces, Gervasia se contentó con mirarla fijamente sin contestar. Despues, evitando siempre precisar los hechos, se defendió con razones generales. Cuando una muger tenia por marido à un borracho asqueroso que vivia entre inmundicia, no tenia nada de particular que buscase limpieza en otra parte. Aún iba un poco mas allà y casi daba á entender que Lantier era tan marido suyo como Coupeau, y acaso más. ¿No lo habia conocido desde los catorce años y habia tenido dos hijos de él? ¡Pues bien! en semejantes condiciones todo se podia dispensar, y nadie podia arrojarle la primera piedra. Ella obraba, segun decia, con arreglo à la ley natural. Por otra parte, no parecia sino que en la calle de la Gota de Oro abundaba tanto la honradez y buenas costumbres!.... La Sra. Vigoureux estaba todo el dia haciendo cabriolas sobre el carbon; la Sra. Lehongre, la muger del tendero de ultramarinos, estaba amancebada con su cuñado; el relojero de enfrente habia sido llevado á los tribunales á causa de un escándalo que habia dado con su propia hija, una desvergonzada que andaba rodando por los boulevares, y de este modo iba citando con pelos y señales todos los escándalos de la calle.

—Mas valia que no escupiesen al aire, decia cuando la acosaban demasiado. ¡Cada uno en su casa y Dios

en la de todos! ¡Si quieren vivir tranquilos, que dejen en paz á los demas.....!

Habiendo hablado un dia mamá Coupeau con mas claridad, su nuera le contestó apretando los dientes:

—Porque està vd. en la cama se vale de la ocasion. ....¡Pues oiga vd! para que sepa que he sido demasiado buena con no sacarle á relucir su vida pasada.... En vida del padre de Coupeau tenia vd. dos ó tres hombres.... ¡vaya una desvergüenza....! No tosa vd. porque ya he acabado; esto lo he dicho ùnicamente para que me deje vd. en paz de una vez.

La vieja estuvo á punto de ahogarse.

Al dia siguiente, como llegase Gouget á reclamar la ropa de su madre, en ocasion en que Gervasia estaba ausente, mamá Coupeau le llamó, y como conocia el cariño que el herrero tenia á su nuera, para vengarse de la riña del dia anterior, le puso al corriente de todo lo que pasaba, gimiendo y llorando, y echando la culpa de todo à Gervasia. Cuando Gouget salió de la habitacion, le ahogaba el sentimiento y tuvo que agarrarse à la pared para no caer. Cuando volvió la planchadora, la vieja le dijo que habian venido à llamarla con mucha urgencia de casa de la Sra. Gouget para que llevase toda la ropa de la manera que estuviese; por la animacion extraordinaria de su suegra, Cervasia sospechò lo que habia ocurrido y adivinó la triste escena que le esperaba.

Pálida y temblorosa cogió la ropa y salió. Hacia una infinidad de tiempo que no habia dado un cuarto á los Gouget y la deuda ascendia siempre à cuatrocientos

ochenta y cinco francos. Generalmente, y pretextando sus apuros, tomaba siempre el dinero de la semana, lo cual era para ella una gran vergüenza, pues parecia que se aprovechaba de la amistad del herrero para no pagarle. Coupeau, ménos escrupuloso, bromeaba y decia que se cobraria él por otro camino. Pero ella, á pesar del trato que mantenia con Lantier, se indignaba y preguntaba á su marido si queria ya comer de aquel pan. Delante de ella no habia que hablar mal de Gouget, su cariño hácia el herrero, era lo único digno y puro que quedaba en su corazon; así es, que cuando volvia de llevar la ropa à aquellas honradas gentes, sentia oprimírsele el corazon.

—¡Ah! ¡Al fin viene vd! le dijo secamente la señora Gouget abriéndole la puerta. Es vd buena para ir á buscar la muerte.

Gervasia entró sin atreverse á murmurar una sola excusa.

—Ya hace una semana que estoy esperando la ropa, continuó diciendo la anciana. Además no hace vd. mas que echar embustes y enviarme á la aprendiza con historias y cuentos; yo, entre tanto, pierdo el tiempo y paso un mal rato. Eso no es portarse regularmente.... ¡Veamos lo que trae vd. ahí.....! ¿Viene todo? ¿Me trae vd. el par de sábanas que tiene vd. en su poder hace un mes y la camisa que quedó olvidada la semana última?

—Sì, sí, murmuró Gervasia, aquí está la camisa.

La Sra. Gouget se incomodó al verla, aquella camisa no era suya. ¡Pues no faltaba más sino que le cambiasen la ropa! La semana pasada le habian traido dos pañuelos que no tenian su marca.

—¿Y las sábanas? añadió; se han perdido ¿no es verdad? Pues bien, hija mia, arréglese como quiera, pero yo las necesito para mañana.

Reinó un momento de silencio. Lo que acababa de turbar á Gervasia era que habia visto entreabierta la puerta de la habitacion de Gouget. El herrero debia estar allí y fácil es adivinar cuánto sentia ella verse tratada de aquel modo, oyèndolo él, por la madre, sin tener nada que contestar. Con la mayor dulzura y con la cabeza inclinada iba colocando la ropa encima de la cama. Pero lo bueno fué cuando la anciana se puso á examinar el planchado. Iba cogiendo una por una las piezas, y rechazàndolas.

—Voy viendo, decia al mismo tiempo, que va usted perdiendo el tino.... Lo que es ahora todo lo mancha vd. y lo echa á perder.... Mire vd. la pechera de esta camisa quemada por la plancha y con los botones arrancados. No sé cómo se arregla vd. que nunca viene un boton..... ¡Pues no digo nada de esta chambra. Lo que es ésta no la pago..... Todavía tiene toda la mugre.

En esto se detuvo contando las piezas; despues exclamó:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que trae vd. aquí?.... Faltan dos pares de medias, seis servilletas, un mantel, rodillas..... ¿Usted quiere hacer burla de mí?... Le he mandado decir que lo trajera vd. todo repasado ó sin repasar. Si dentro de una hora no está aquí la aprendi-

za con lo que falta, ya verè lo que he de hacer....¿Lo entiende vd. Sra. Coupeau?

En este momento Gouget tosió en su habitacion. Gervasia sintiò un ligero temblor. ¡Cómo la estaban tratando delante de èl! Así permaneció un rato en medio de la sala esperando la ropa sùcia, pero la señora Gouget volvió á sentarse y á continuar tranquilamente su trabajo.

=¿Y la ropa súcia? preguntó la planchadora tímidamente.

—Esta semana no hay nada, respondió la anciana.

Gervasia palideció y perdiò la cabeza, teniendo que sentarse en una silla, pues no podia sostenerse en pié; aquello era quitarle la parroquia. No intentó defenderse, y solo acertó à pronunciar la siguiente frase:

—¿Está enfermo el Sr. Gouget?

—Sí, contestó la anciana; no ha podido ir al taller y se ha acostado un poco para descansar.

La señora Gouget hablaba con la mayor gravedad, siempre vestida de negro. Aprovechando la ocasion, dijo á Gervasia, que como habian vuelto à bajar los jornales de su hijo de nueve á siete francos, tenia que volver de nuevo á lavar su ropa, porque habian tenido que economizar en todo. Naturalmente nada de esto hubiera ocurrido si los Coupeau hubieran devuelto el dinero que les prestô su hijo. Al oir hablar de la deuda, Gervasia bajó la cabeza è hizo como que seguia con atencion la marcha de la aguja de la anciana. Esta añadió:

—Sin embargo, si quisiera vd., con poco trabajo podria desquitarla, porque al fin y al cabo, vds. comen bien y gastan mucho, estoy seguro de ello... Con que dieran vdes. diez francos todos los meses....

En esto la interrunpió la voz de Gouget, que gritó.

—¡Mamà! ¡mamá!

La anciana acudió al llamamiento de su hijo y cuando volvió á sentarse cambió de conversacion. Sin duda el herrero le habia suplicado que no pidiese el dinero á Gervasia. Pero á pesar suyo á los cinco minutos volviò á hablar de la deuda. ¡Oh! ¡Ya habia ella previsto lo que habia de suceder! Así es, que si se hubiera guiado por sus consejos su hijo no les hubiera prestado un cèntimo. Al presente estaria casado y no se veria lleno de tristeza con la perspectiva de ser desgraciado toda su vida. A cada momento se animaba mas, mostrándose dura, y acusando claramente à Gervasia de haberse entendido con Coupeau para abusar del tonto de su hijo. Si, habia mugeres que durante algunos años desempeñaban hipôcritamente el papel de honradas, pero que al fin escandalizaban à todo el mundo con su mala conducta.

—¡Mamá! ¡mamá! repitió por segunda vez y con más violencia la voz de Gouget.

Ella se levantó, y cuando salió de nuevo, dijo á la planchadora.

—Entre vd., desea verla.

Gervasia entró temblando y dejó la puerta abierta. Aquella escena la llenaba de emocion, porque era como la confesion de su cariño delante de la Sra. Gouget.

El robusto jóven destrozado por las confidencias de mamá Coupeau, yacia sobre el lecho, con los ojos enrojecidos y la hermosa barba rubia mojada aún por las lágrimas. Debia haber roto la almohada con sus puños de gigante en el primer momento de ira, pues por la abertura de la tela se veian las plumas.

—¡Oiga vd.! mamá hace mal, dijo á la planchadora en voz muy baja. Usted no me debe nada ni quiero que se hable mas de eso.

Habíase incorporado y la miraba; gruesas lágrimas acudieron á sus ojos.

—¿Sufre vd. mucho Sr. Gouget? murmuró Gervasia. ¿Que tiene vd.?

—Nada, gracias. Me fatigué mucho ayer y voy á dormir un poco.

Despues su corazon desgarrado no pudo contener este grito:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Eso no debió suceder nunca, porque así me lo habia vd. jurado! Y sin embargo... ¡ha sucedido!... ¡Me ha hecho mucho daño!.. ¡Vaya vd. con Dios!

Y con la mano la despedia con suplicante dulzura. Ella no se acercó al lecho y salió con aire estúpido, no encontrando nada que decirle para consolarle. Ya en la sala, cogiò el cesto de la ropa y permaneció allí sin decidirse á salir. La Sra. Gouget continuaba su trabajo. al fin le dijo viendo que no se movia:

—¡Vaya, buenas tardes! cuando me envie vd. la ropa que falta, ajustaremos la cuenta.

—Está bien, ¡buenas tardes! tartamudeó Gervasia.

Al salir cerró la puerta lentamente echando una ùltima mirada á aquel hogar tan limpio, arreglado y tranquilo y volvió à la tienda con el aire estúpido de las vacas que vuelven á entrar en su establo sin acordarse del camino. Mamá Coupeau, que se habia levantado por vez primera, estaba sentada junto á la hornilla de las planchas; pero la planchadora no le dirigió el menor reproche, estaba demasiado fatigada y rendida como si le hubiesen dado una paliza; la vida se le hacia al fin bastante dura.

Sin embargo, Gervasia habia llegado á echarse el alma atrás, y se burlaba de todo. Con tal que no le faltasen sus tres comidas, nada le importaba que se hundiera el mundo y la tienda. En efecto, la tienda se iba hundiendo poco á poco. Los parroquianos se iban despidiendo uno á uno. La Srita. Remanjou, el Sr. Madinier y los Boche mismos habian vuelto à la Sra. Fauconier, donde habia mas exactitud. Al fin se cansaban de estar esperando tres semanas un par de medias y de ponerse la ropa casi tan sùcia como la habian echado á lavar. Gervasia no perdia por eso las ganas de comer; al contrario, parecia mas contenta, porque así tenia que trabajar menos. Ya solo le quedaba lo peor de su parroquia, es decir, los que peor pagaban y los que mas ensuciaban la ropa, como la Sra. Gaudron, de cuya ropa no se habia querido encargar ninguna otra lavandera del barrio. La tienda estaba perdida y habia tenido que despedir à la ùltima oficiala, la Sra. Putois. Quedóse solo con la aprendiza Agustina, que á medida que iba creciendo se hacia mas estùpida; aùn así no siempre te-

nian trabajo para las dos; en fin, aquello era una completa ruina.

Naturalmente, á medida que entraba la pereza iba entrando la falta de aseo. Nadie hubiera reconocido á aquella tiendecita coqueta y alegre que era en otro tiempo el orgullo de Gervasia. Los cristales y la madera de la parte de á fuera, tenian una capa de polvo y suciedad qne cada vez iba en aumento. En el interior era mayor el estrago; la humedad de las ropas que se secaban tendidas en la habitacion, habia despegado el papel que colgaba por todas partes en grandes girones llenos de polvo; la hornilla de las planchas estaba súcia, desvencijada y rota, y la mesa del taller parecia que habia servido de mesa de comedor á toda una guarnicion, á causa de la capa de manchas que tenia de vino, café y grasa. A esto se unia un olor nada agradable de almidon echado á perder, de humedad y grasa; pero Gervasia se habia acostumbrado á todo aquello. Era un verdadero deleite para ella dejar cada cosa por su lado, esperar à que el polvo lo invadiese todo y ver la casa irse desmoronando en torno suyo. Cuando le molestaba, cerraba los ojos por no verlo. Las deudas siempre en aumento, no la quitaban el sueño, no se paraba á pensar si podria ó nó pagar, la cuestion era comer y salir del dia. Cuando no le fiaban en una tienda iba a la de al lado. No podia dar diez pasos por la calle sin encontrar acreedores, ni podia pasar por delante del carbonero, de la frutera y de la tienda de ultramarinos, así es que para ir al lavadero que estaba á un paso, tenia que dar la vuelta por la calle de Poissonniers. Una noche, el hombre que le habia vendido los muebles de

Lantier, alborotó toda la vecindad; semejantes escenas la conmovian miéntras duraban, pero despues se quedaba tan tranquila y no perdia el apetito. ¡Todas aquellas gentes eran unos insolentes, que la molestaban! ¡No parecia sino que tenia en su casa una fábrica de moneda! Y de este modo procuraba distraerse sin pensar en que habia de tener todo aquello un límite.

Miéntras tanto mamá Coupeau se habia repuesto y la casa pudo tirar un año màs á trancas y á barrancas. El verano, naturalmente habia siempre algo más trabajo, lo cual fué conteniendo algo la bancarrota final. De este modo, unos dias se hacian una cruz en el estómago y otros comian ternera á dos carrillos. Mamá Coupeau estaba continuamente paseando de la tienda á la sucursal del Monte de Piedad de la calle de Polonceau. Los empleados la conocian ya, y la llamaban la tía cuatro francos, porque casi siempre pedia esa cantidad. Gervasia hubiera sido capaz qe pelarse y empeñar el pelo si se lo hubieran admitido. Poco á poco todo fué tomando el camino del Monte, ropa blanca, trajes y hasta los muebles y herramientas Al principio, cuando habia una semana buenas entradas, solia desempeñar algo, aunque luego tuviese que volver á empeñarlo. Pero al fin se cansó, y para evitarse ese trabajo vendia ò empeñaba las papeletas. Lo único que le afectó fué tener que deshacerse de su reloj de mesa para pagar á un acredor que queria embargarle la tienda por veinte francos. Cuando mamá Coupeau lo sacò dentro de una sombrerera, se le arrasaron los ojos de lágrimas como si le hubiesen quitado toda su fortuna. Pero cuando volviò la vieja con veinte y cinco francos, se consoló por